

JOSÉ LUIS CORRAL  
ANTONIO PIÑERO



EL  
TRONO  
MALDITO

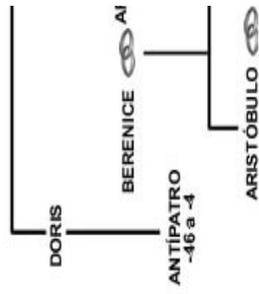
Un rey, un imperio, un mesías.  
La gran novela de los tiempos de Jesucristo.

Año 4 a. C. Cuando muere el cruel tirano Herodes el Grande, el trono de Israel queda vacante. Dos de sus hijos se lo disputan, pero en la pelea interviene una tercera persona con misteriosos planes y manejos. La lucha por el poder desencadena una truculenta historia de pasiones, sexo, perfidia, violencia y traición para ganarse el favor del emperador Augusto, quien tiene la última palabra. En medio de esa vorágine aparece Jesús de Nazaret, un predicador que revoluciona al pueblo judío con sus sermones, en los que cuestiona los planes del emperador romano y de la casta sacerdotal judía. Acabar con ese rebelde que solivianta al pueblo se convierte en el objetivo de los romanos y de los sacerdotes judíos. El desenlace de esta trama supondrá un cambio trascendental en la historia del mundo.

«Jesús compareció ante el gobernador, y éste le  
preguntó:  
—¿Eres tú el rey de los judíos?  
Jesús respondió:  
—Tú lo dices».

(Nuevo Testamento, Evangelio de San Mateo, 27,  
11)





—Nadie debe enterarse, por el momento, de que Herodes ha muerto. Si alguno de vosotros se va de la lengua antes de tiempo, haré que su cabeza ruede sobre el polvo de Israel, y los buitres darán buena cuenta del resto.

Salomé habla con la contundencia de quien se sabe depositaria de la última voluntad del soberano. Observa a los presentes que se arremolinan en torno al lecho mortuorio y los mira con ojos metálicos, como cuchillos de acero. Todos asienten ante la mirada amenazadora de la poderosa hermana del rey, cuya vida acaba de cercenar una penosa enfermedad.

Herodes, consumido entre grandes calenturas, ha muerto a los setenta años con el cuerpo lacerado por la comezón, el cuello rígido por punzantes dolores, los pies hinchados y llenos de pústulas supurantes, el vientre inflado como un boto de piel de cabra y el pene y los testículos podridos y recomidos por los gusanos.

Pese al enorme sufrimiento que lo ha atenazado y prostrado en cama sin consuelo en las últimas semanas, el rey de los judíos ha expirado sin proferir un solo gemido, procurando mantener el rostro sereno y el rictus noble y relajado hasta el postrer hálito, consciente de la majestad que se le atribuye, sabedor de que hasta el último suspiro debe conservar la dignidad del linaje que durante tanto tiempo ha encabezado. Sólo así la posteridad lo reconocerá como *el Grande*.

—Apenas han pasado cinco jornadas desde que el rey ordenó la ejecución de su hijo Antípatro... —comenta en voz muy baja Nicolás de Damasco, principal consejero real a uno de sus colegas—. Antípatro cometió el error de con-

siderarse soberano de Israel antes de tiempo. No me extraña que Herodes, ya agonizante, mandara ejecutarlo.

Herodes se enteró por Nicolás, aunque demasiado tarde, de que Antípatro, el hijo que le dio Doris y otrora su retoño más amado, estaba conspirando para derrocarlo y sustituirlo al frente del reino, y que fue él quien instigó también para enemistarlo con sus dos hijos engendrados de su queridísima Mariamme, su segunda esposa, aquella que tanto lo odió pero a la que él tanto amó. El rey ha sufrido en el lecho de muerte al recordar que una orden suya llevó a la muerte a tres de sus hijos, Alejandro, Aristóbulo y Antípatro, y a su esposa Mariamme. Su conciencia cargará en el más allá con estas cuatro ejecuciones, tal vez por toda la eternidad. Lamentó no haberse dado cuenta antes del fatal engaño. Pero ya no hay remedio.

Afortunadamente, había sobrevivido los días suficientes como para modificar su testamento. En el primero, el recién ejecutado Antípatro aparecía como heredero. Pero al ser eliminado éste, como también dos de sus hermanos, los hijos supervivientes asisten expectantes a que se abra el segundo testamento del gran rey.

Salomé, que se ha librado de morir, pues Antípatro tenía planeado ejecutarla en cuanto fuera proclamado rey, se acerca al cuerpo del que durante treinta y siete años ha sido el monarca y señor absoluto de Judea. Procurando que su gesto quede envuelto en la más solemne postura, cierra con su mano los párpados de su hermano, junto al que se encuentran los tres fieles eunucos que lo han servido en sus últimos años. Luego se inclina sobre su frente y deposita en ella un beso leve, cargado de sutileza. El rostro del cadáver dista mucho del hombre poderoso y feroz que ha mantenido el poder con mano firme hasta el último día de su existencia. Pero en sus rasgos marchitos, ajados por el tiempo y la enfermedad, todavía se atisba un destello de majestad.

Salomé alza sus manos al cielo, se vuelve hacia los cortesanos con la parsimonia propia de quien se siente prota-

gonista de un acontecimiento extraordinario y se dirige al jefe de la Guardia:

—Acude de inmediato al hipódromo de Jericó y deja libres a los trescientos nobles retenidos en la arena. Ordena a los arqueros tracios que abandonen la vigilancia y se retiren a sus cuarteles.

La princesa, que mantiene el semblante gélido y la mirada fría y distante, como una estatua griega de ojos vidriados, decide desobedecer la última instrucción dada por su hermano: los trescientos nobles que había mandado detener, acusados de conspirar contra sus deseos aprovechando su enfermedad, debían morir asaetados por los tracios, para que su ejecución sirviera de escarmiento a todos aquellos que se plantearan siquiera dudar de su autoridad, aun después de muerto, y de la firmeza de su dominio sobre los hombres y las tierras de Israel.

Salomé titubea un momento. Habría disfrutado con la muerte de algunos de aquellos nobles y con la idea de enviarlos a las sombras del *sheol* antes de tiempo, a sufrir eternamente, con sus rostros ensangrentados, las penas del terrible infierno; pero desea mostrarse magnánima y obrar como la verdadera soberana del reino, siquiera por unos instantes. Sólo ella ha escuchado el susurro de la voz de su hermano momentos antes de la muerte, pidiéndole que convirtiera las arenas del hipódromo de Jericó en un lodazal empapado por la sangre de aquellos nobles judíos. Pero ha decidido permitirles vivir, y dejar que todas las plañideras del reino manifiesten su dolor fingido y griten como posesas, se mesen los cabellos llenos de ceniza y tierra y se arañen rostros y brazos en recuerdo de Herodes el Grande. No quiere que las honras fúnebres del rey se confundan con los lamentos por la ejecución de aquellos miserables, a los que odia aunque perdona la vida.

—Señora, ¿qué ordenas que hagamos? —le pregunta Ptolomeo, el secretario del Tesoro real.

—Entrega una paga extra a los arqueros tracios y un sico a cada uno de nuestros soldados destinados en Jerusalén. Pero diles a sus comandantes que extremen la vigilancia, que no relajen la guardia.

—Así se hará.

Salomé anuncia entonces a los cortesanos congregados ante el cadáver de su hermano que muy pronto se hará público el testamento real y conmina a todos los judíos a acatar la voluntad postrera del que ha sido su soberano.

La vida de Salomé, rica en días, ha consumido el vigor de más de cincuenta primaveras, pero sigue siendo una pantera atrapada en un cuerpo de gacela. Aún mantiene su figura alta y delgada, fibrosa y grácil a la vez. Cuando camina, sus movimientos resultan ondulados y seguros, con la flexibilidad de un felino, acentuados por su elegante porte y las perfiladas curvas de sus caderas.

Sus ojos, oscuros como una noche sin luna y a la vez chispeantes como estrellas, aún son capaces de provocar el temor cuando miran encolerizados o cuando emiten un destello de hielo. Ya hace tiempo que blanquean los aladares de su lisa cabellera, aunque el tinte mantiene sus cabellos negros como el asfalto de las orillas del mar Muerto, y los aceites y ungüentos aplicados por sus sirvientas les confieren un aspecto sedoso y reluciente. Sus rasgos firmes, su rostro de aspecto sereno y su fina y elegante mandíbula, acusada con una ligera prominencia, son propios de una persona dotada de una considerable capacidad de decisión.

La princesa habla poco, muy poco, y cuando lo hace se expresa con prudencia y mesura; sólo se manifiesta con decisión cuando ha pensado muy bien lo que tiene que decir y está segura de su juicio. Con su hermano muerto y sus sobrinos dispuestos a pugnar por conseguir el trono, Salomé es consciente de que, al menos por unas horas, el destino del reino judío está posado sobre sus gráciles hombros, y no duda de que debe soportarlo.

Intuye que se avecina un tiempo revuelto en demasía, repleto de acontecimientos extraordinarios, y desea tutelarlos en primera línea.

# Parte I

## 1

## LA AMBICIÓN DE ARQUELAO

La muerte del rey Herodes el Magnífico, *el Grande*, acaece en Jericó en el año treinta cuatro del principado de Octavio Augusto, que gobierna con mano firme el Imperio cuando se cumple el vigésimo séptimo aniversario de la calamitosa derrota de Marco Antonio y Cleopatra en la batalla de Accio, la que supuso la exaltación de Augusto como único dueño de Roma.

La noticia del óbito del rey de Judea se expande por todo Oriente con la velocidad del viento. Al oírla, unos tiemblan de miedo al perder al caudillo que había gobernado con puño de hierro la tierra de Israel y había remansado las encendidas pasiones del pueblo judío; pero otros sienten alivio porque ha desaparecido un déspota caprichoso en el ejercicio del poder, lascivo e indecoroso en su vida personal e irreverente con las más sólidas creencias de la religión dictada por Moisés.

En los días que siguen a la muerte de Herodes son muy pocos los que se atreven siquiera a salir de casa; prefieren resguardarse en sus moradas en espera de acontecimientos. Los recuerdos del reinado del Magnífico resultan ser una mezcla de sensaciones contradictorias; lo recuerdan como un gobernante cruel, feroz y despiadado, pero también como un monarca glorioso y deslumbrante que ha construido ciudades y las ha equipado con edificios esplen-

dorosos. La inquietud de la mayoría radica en su más trascendente decisión: la elección del heredero al trono, dictada sólo cinco días antes de fallecer.

Salomé convoca en el anfiteatro de Jericó a los notables del reino, a los generales del Ejército y a los miembros de la casta sacerdotal. Muchos de ellos barruntan que han salvado la vida en el último momento, y que se la deben a la princesa.

Entre los asistentes se encuentra el viejo Nicolás de Damasco, el más cercano y leal consejero de Herodes. Junto a él está su secretario, el apuesto Agesilao, un sirio de elevada estatura, hermoso rostro y ademanes elegantes, que cada noche comparte su lecho y que ahora escucha atentamente a su señor.

—¿Qué va a ocurrir en cuanto se revele la voluntad de nuestro rey? ¿Qué harán los romanos, siempre tan ávidos de agregar nuevas tierras a su Imperio y nuevas riquezas a su tesoro? Mi corazón se aflige, amado Agesilao, ante la vista del trono vacío y la inestabilidad ante un futuro tan imprevisible.

Ni siquiera el anciano Nicolás, tan cercano a Herodes, sabe qué ha dejado escrito su antiguo soberano, y teme por su vida y por la de su amado secretario. Historiador y filósofo, conoce bien cuán mudable es el destino y cómo el capricho de los hados juega con la vida de los hombres abocándolos a una fortuna incierta.

La noche anterior apenas ha podido dormir; se ha levantado varias veces del lecho y ha vagado por las estancias de su casa intentando apaciguar su atribulado corazón. Ni siquiera la presencia de su joven secretario ha calmado su inquietud; el agradable sabor de una copa de vino rojo endulzado con miel tampoco ha serenado su ánimo. La larga noche ha transcurrido entre un sinfín de variados pensamientos, que lo han sumido en la más terrible de las incertidumbres.

Ahora, a la entrada del anfiteatro de Jericó, espera paciente la lectura del testamento; sabe que el futuro está escrito, y que poco puede hacer para cambiarlo. El momento tan esperado se acerca y lo único aconsejable es aguardar a que todo se precipite.

—¿Quién será el elegido? —pregunta Agesilao a Nicolás mientras descienden las escaleras del graderío y toman asiento entre los miembros más ilustres del pueblo judío.

El viejo consejero real mira a su joven amante y se emociona ante su cautivadora belleza.

—Herodes ha dejado una muy numerosa descendencia, tanta que cualquier judío menor de cuarenta años podría ser su hijo. Resulta imposible saber a cuántas hermosas jóvenes ha dejado preñadas nuestro señor a lo largo de su vida; demasiados pretendientes para que la sucesión se produzca con la tranquilidad deseada, demasiadas esposas legítimas para aspirar a que alguno de sus hijos sea el designado, demasiados intereses para que el relevo en el trono se produzca de manera pacífica. —Hace una breve pausa y deja escapar un suspiro quejumbroso—. De entre todos los príncipes nacidos de sus esposas, creo que se inclinará o bien por Antipas o por Arquelao, los hijos de Maltace, su sexta mujer legal. Al menos ésa fue mi recomendación cuando hace cinco días demandó mi opinión en el lecho de muerte. De sus diez esposas y de sus decenas de amantes, esa bella samaritana es la que más ha influido en los últimos años en las decisiones del rey. Aunque, en verdad, lo que deseo es que agrade a los romanos.

—¿Crees acaso que se producirá una intervención militar si el testamento contiene una resolución contraria para sus intereses?

—Es probable. Roma jamás consentirá que las tribulaciones de una pequeña nación desestabilicen su flanco más expuesto en el extremo oriental de su Imperio. Sin duda, se avecinan tiempos muy agitados para Israel, aunque espero

que este pueblo tenga la sabiduría necesaria para encauzarlos.

Una vez ubicados los principales del país en sus respectivas posiciones, en el palco real del anfiteatro aparece Salomé. La hermana del rey viste una túnica de seda negra, ajustada como una segunda piel a la rotunda sinuosidad de sus pechos y caderas. Luce sus negros cabellos recogidos en un alto moño sujeto por un grueso filamento dorado. La acompaña Alexas, su oscuro marido.

Un secretario demanda con voz recia la atención de los asistentes y anuncia la presencia de la princesa, a la que presenta, modulando sus palabras, como «hermana y albacea de nuestro amado y llorado rey Herodes».

Salomé se adelanta entonces unos pasos y se sitúa en el centro del palco, como si se tratara de la más célebre de las actrices. Pasea su mirada con calculada lentitud sobre los allí reunidos y alarga su brazo invitando a su marido Alexas, que hasta entonces se ha mantenido en un segundo plano, a que se coloque a su lado.

—Mi esposo, Alexas, y yo misma hemos sido designados por mi hermano el rey Herodes albaceas de su voluntad real —dice la princesa con voz firme y solemne—. Su último deseo fue que todos los judíos cumplamos su testamento y que nos mantengamos unidos en torno a sus designios.

Tras este anuncio, Salomé se gira hacia atrás e indica con un gesto a Ptolomeo, el encargado de las finanzas reales y guardián del sello, que se acerque.

El tesorero real avanza unos pasos hasta colocarse a la altura de Salomé y de Alexas; inclina la cabeza ante la princesa, abre un pequeño estuche de madera tallada y desarrolla un pergamino. Aguarda unos instantes y, tras una indicación afirmativa de Salomé, comienza a leer:

—Yo, Herodes, de la casa de David, por la voluntad del Señor Nuestro Dios, rey de Judea, manifiesto mi agradecimiento al Ejército de Israel, por la fidelidad y la obediencia